

LA "RARA BELLEZA" DE LAS DAMAS EN LAS NOVELAS DE MARÍA DE ZAYAS Y DE MARIANA DE CARVAJAL

Rosa Navarro Durán
Universitat de Barcelona

El amor genera la trama en casi todas las *Novelas amorosas y ejemplares* (1637), los *Desengaños amorosos* (1647)¹ de María de Zayas y en las *Navidades de Madrid y noches entretenidas* (1663) de Mariana de Carvajal. Y como el amor, en definición platónica, es deseo de hermosura, las damas que pueblan las páginas de estas novelas son casi todas hermosas. La misma palabra implica ya su retrato, heredado de la lírica. Desde la tradición trovadoresca asumida por el petrarquismo, la dama es hermosísima y cruel, es la *belle dame sans merci* que desdeña al yo poético -la voz de la lírica-, que no tiene perfil, sólo es sujeto y albergue de sentimiento. El canon de belleza se crea en esencia con la descripción del rostro: desde el cabello rubio, largo, ondulado, que será oro, incendio, sol, mar, golfo de luz en metáforas que se fosilizan, a sus labios rojos, claveles, corales, rubíes, púrpura, que destacan sobre la blancura de la piel. Decir "hermosa" supone evocar ese canon invariable (Catenazzi, 1977 y Savona, 1973). En la lírica italianizante de la Edad de Oro, gracias a esa codificación, los grandes poetas pueden superponer atrevidas metáforas y llegar a bellísimas y audaces creaciones (Navarro, 1995).

En la novela no hay ruptura. Ni los escritores ni las escritoras renuncian a la convención, pero el discurso sí puede asomar distinto, a diferencia del de la lírica, que está también codificado. Ni María de Zayas ni Mariana de Carvajal se detienen casi nunca en el retrato de sus personajes, pero cuando lo hacen, surge la imagen esperada. Una de las más desgraciadas protagonistas de un *Desengaño*, Elena, será, por supuesto, "hermosísima"; sus carnes serán "blanquísimas y delicadas"; sus cabellos "más eran madejas de Arabia que otra cosa"; sus hermosas manos "parecían copos de blanca nieve" (236-37), pero su retrato se precisa para indicar la condición desastrada en la que vive (cómo va pobremente vestida, vulgarmente peinada, cómo lleva una calavera en las manos obligada por el cruel de su marido).

Sólo asoma en ambas novelistas una nota excepcional: el color castaño del cabello de una dama. Zelima, la protagonista del *Desengaño* primero, tiene "largos, ondeados y hermosos cabellos, que ni eran oro ni ébano, sino un castaño tirante a rubio" (123-24), y lucen sobre su vestido, que se describe minuciosamente. De esa falsa mora -no será Zelima, sino Isabel- se destaca la armonía de su andar y se intensifica con términos de comparación adecuados a su aparente identidad: "la hermosura, el donaire, la majestad de sus airosos y concertados pasos no mostraba sino una princesa de Argel, una reina de Fez o Marruecos, o una sultana de Constantinopla" (124).

Doña Leonor, una joven viuda alegre, que intentará en vano conquistar al protagonista de *La industria vence desdenes*, una de las novelas de Mariana de Carvajal, es también castaña, y su cabello se describe asimismo sobre el elegante vestido:

Era el pelo de vara y media y de color castaño claro, y rizado de menudos rizos, dejando a la parte del rostro lo bastante para copete y guedejas; dejó lo restante caído a la espalda; púsose un apretador de esmeraldas y

¹ Se editan como *Parte segunda del sarao y entretenimiento honesto, de Doña María de Zayas Sotomayor*. Cito siempre los *Desengaños amorosos* por la edición de Alicia Yllera.

algunas rosas de grueso aljófara, con otras muchas rosas y sortijas; con un vestido de color de perla con franjas de oro sobre vivos leonados, y muchos alamares en la ropa guarnecida de los mismos vivos. (Carvajal, 1993)

(En las novelas cortesanas, al igual que las pastoriles, se describen minuciosamente los trajes, no las personas).

La hermosura lo abarca todo. La hermosa Florentina, en el décimo y último *Desengaño*, tiene "más que hermosas mejillas", por donde resbalan lágrimas, y se deja caer con "un profundo y hermoso desmayo" (499).

La hermosura es una cualidad esencial para la mujer. Como decía Castiglione en *El cortesano* -traducido por Boscán- "es mucho más necesaria en la dama que en el cortesano; que ciertamente a la mujer que no es hermosa, no podemos decir que no le falte una muy gran cosa" (Castiglione, 1994). Los pilares que sustentan la perfección de la dama son la hermosura, la nobleza y la riqueza; los tres atraen la voluntad del hombre. Dirá María de Zayas, en boca de doña Francisca, en el *Desengaño* octavo: "Pues parece que por lo admirable de ver juntas en una mujer nobleza, hermosura, riqueza y virtud, no sólo admira, mas es imán que se lleva tras sí las voluntades" (*Desengaños*, 372).

A veces -no siempre-, la hermosura suple al dinero. Un caballero casa en un relato de Mariana de Carvajal, "con una dama igual a su calidad, tan hermosa que la sirvió de dote su belleza" (134). Y el conflicto central de esta novela, *La industria vence desdenes*, surge porque la bella protagonista, empobrecida por la afición desmedida por el juego que tenía su padre, ya muerto, siente su situación económica como escollo insalvable para poder aceptar el amor de su amado Jacinto. La riqueza del tío del joven, canónigo, resolverá el conflicto.

En cambio, la desgraciada protagonista del *Desengaño* octavo, doña Ana, hermosísima, pagará con la muerte su pobreza. Sus dos hermanas sí casan "por su hermosura, sin dote, con dos capitanes" (387), pero no son materia novelable. Su espantoso marido, don Alonso, primero "le daba a cada paso en la cara con su pobreza" (392), y acabará cercenándole la cabeza con un gran cuchillón mientras ella, descuidada, estaba comiendo.

La hermosura delata el otro pilar de la dama: la nobleza. En novelas cortesanas, se intuye la resolución del conflicto gracias a la extraordinaria belleza de la protagonista; es un anticipo de la anagnórisis que permitirá un matrimonio juzgado imposible por la aparente baja condición de la muchacha². La trama de *La Venus de Ferrara*, la primera novela de Mariana de Carvajal, está asentada en esta premisa. Floripa se disfrazará de labradora para ver a su primo, el duque, y éste la distinguirá entre todas y se enamorará de ella. La hija de ambos, Venus, también de "rara belleza" -término que se repite una y otra vez para encarecerla- se hará pasar por su doncella para ver a otro duque, que a su vez intercambia su papel con el de un privado suyo. Los disfraces no impedirán que cada cual se enamore de quien debe. Como dice el intuitivo duque: "No se puede negar que la princesa es muy linda, mas en esta dama echó naturaleza todo el resto", (34).

La presentación de la protagonista de *Celos vengan desprecios*, de Mariana de Carvajal, une la preeminencia de su estado a su extraordinaria belleza: "Narcisa, dama milanese, señora de vasallos, tan ilustre por su sangre como altiva por los pensamientos, era de tan rara hermosura que se aventajaba a todas las demás de su patria" (119). Entre sus pretendientes está el duque Arnaldo, "feo de rostro y sobrado de condición", y no tiene, por supuesto, ninguna posibilidad de optar a su mano, ni tan siquiera será antagonista del vencedor.

² Es lo que ocurre, por ejemplo, en *La gitanilla* y en *La ilustre fregona* de Cervantes.

La hermosura tiene un enorme poder. Pone en marcha la trama o incluso amortigua la reacción contra la palabra hiriente. María de Zayas aprovecha las atractivas historias que cuenta para lanzar apasionadas y furibundas arengas contra los hombres en advertencia continua a las mujeres de sus engaños y maldades (sobre todo en los *Desengaños*). Al comienzo de la noche segunda, "salieron las desengañadoras siguiendo a Lisis [...] muy ricamente vestidas y aderezadas". Los caballeros quedan admirados "de tanta hermosura y gallardía", las juzgan angélicas, divinas, y se rinden: "en lugar de vengarse, se rindieron". Más que el poder de la argumentación, de nuevo prevalece el de la hermosura, que parece ser la única arma eficaz que se otorga a la mujer. Así los atentos caballeros que escuchan a las "desengañadoras" pierden el enojo "pareciéndoles que con las deidades no se puede tener rencor" y deponen su resistencia diciendo: "Aunque más mal digáis de nosotros, os lo perdonaremos, por el bien de haber visto tanta hermosura" (259). No los convencen, pero aceptan escuchar la reprimenda por el gozo de admirar su belleza.

La hermosura es, sin embargo, un arma de doble filo. Vence, pero acarrea desgracias; seduce y destruye; hasta en la fraseología popular se habla de la fortuna de la fea. Como dice María de Zayas de doña Mencía, la protagonista de su *Desengaño octavo*, "hermosa es fuerza que lo sea, porque había de ser desgraciada" (372). Un novelista casi contemporáneo de las dos escritoras (sus *Intercadencias de la calentura de amor* se publican en 1685), Luis de Guevara, me da las palabras que avalan tal afirmación:

No hay libro que no diga que la hermosura, ya que no es delito en quien la tiene, por lo menos se ha de recatar como si lo fuere. Septimio Florente Tertuliano dice: "Del mismo don de la hermosura se ha de avergonzar la que lo es", en que casi da a entender que es culpa la hermosura. ¿Qué pechos y corazones castos no atropelló este contagio dulce? ¿Troya no estuviera en pie? ¿Grecia no reinara? ¿Y las cinco puertas de Tebas no se sustentaran en sus quicios a pesar del tiempo? (*Novelas amorosas*, 1986: 318)

A la hermosura de la mujer se le atribuyen los desastres colectivos creados por los hombres: las guerras, y los familiares: la pérdida del honor.

No nos extraña así que Teresa de Ávila, al hablar de su madre, nos diga cómo disimulaba su belleza: "Mi madre también tenía muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasión a que ella hacía caso de ella; porque, con morir de treinta y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad" (Santa Teresa, 1986: 97). Y no puedo dejar de recordar a ese maravilloso personaje cervantino, la pastora Marcela, defensora de su libertad ("Yo nací libre y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos"). Ella es consciente de su belleza y del poder que tiene, pero confía también en el de su palabra: "Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras" (*Quijote*, I, 14). Pero cuando acaba su discurso, algunos quieren seguirla "sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído": la fuerza de la palabra es vana frente a la atracción de la hermosura. Pero ahí está don Quijote, que sí oye y escucha las palabras de Marcela, para evitarlo: "Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía" (Cervantes, 1962: 144).

Las mismas damas son conscientes de que su hermosura es la que les acarrea su desgracia. Zelima o Isabel Fajardo dice de la suya: "No sé si es tanta como decían; sólo sé que fue la que bastó a perderme" (130).

La hermosura despierta en el hombre el deseo de poseerla, y él no cesa hasta conseguir saciar su apetito: "los hombres empiezan amando y acaban venciendo y salen despreciando" le

dice Roseleta a don Juan, el amigo de su esposo que la ronda (*Desengaño tercero*, 208). No les frena el estado de la dama, porque precisamente al estar casada aparece más en público y hay más ojos que la miran. Soltera, sus padres o familiares la guardan celosamente hasta desposarla; casada, hace vida social y se convierte en objeto de deseo. El peligro no se conjura, por tanto, con el matrimonio. Lo atestigua doña Inés, la protagonista del *Desengaño quinto* (*La inocencia castigada*): "siendo doncella, jamás fue vista, por la terrible condición de su hermano y cuñada; mas ya casada, o ya acompañada de su esposo, o ya con las parientas y amigas, salía a las holguras, visitas y fiestas de la ciudad" (266). Don Diego llegará a las prácticas nigrománticas para poseerla. Sus familiares, a pesar de saber su inocencia, la emparedarán.

Una vez gozada la hermosura, deja de atraer. Llega el olvido y la búsqueda de otra hermosura. Como le advierte la narradora -Lisarda es la desengañadora- a Octavia, la protagonista del *Desengaño segundo*, que se entrega a Carlos fiada en su palabra de matrimonio: "¡Ah, Octavia, y qué engaño se te previene! En la hermosura te fías, sin mirar que es una flor que, en manoseándola un hombre, se marchita, y en marchitándose, la arroja y la pisa" (178). Razón tenía porque "finalmente, Carlos aborreció a Octavia, y estaba tan cansado de ella, que se pasaban los dos y los tres días que no la veía, y si la veía, era a fuerza y con poco asiento" (183). Se casará con Camila, "medianamente hermosa y sumamente rica" (183), ejemplo de cómo la riqueza a veces suple la hermosura, unida además a la novedad. La costumbre hastía; lo nuevo despierta el deseo. Así dirá la desengañadora de Camila: "aunque no muy hermosa, el trato y ser ropa nueva le hacía de apetecerla. Tenía Camila la belleza que ha de tener la propia mujer, pues más en las virtudes que en la hermosura ha de florecer; demás que no era tan fea, que pudiera por esto ser aborrecida, y cuando lo fuera, la hiciera hermosa más de cincuenta mil ducados que tenía de dote" (187).

Hay otro sustituto de la belleza: el gesto. Implica ya una actuación y, por tanto, un objetivo. Para conseguirlo, la dama, que no suele serlo, despliega el arte de la seducción y obtiene sus frutos. En el *Desengaño tercero*, Angeliana, a la que don Juan había gozado "con palabra de esposo", quiere vengarse de él y de su mujer. Añade Nise, la desengañadora, "era libre y había errado, causa para que algunas se den más a la libertad" (220). Y acudo a Galdós, a la Saturna de *Tristana* para ilustrar el uso de la palabra: "Libertad, aunque esta palabra no suena bien en boca de mujeres. ¿Sabe la señorita cómo llaman a las que sacan los pies del plato? Pues las llaman, por buen nombre, *libres*. De consiguiente, si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos de esclavitud" (Pérez Galdós, 1969: 34-35). Pero volvamos al siglo XVII, a Angeliana y a su comedia de la seducción: "Poníase en las partes más ocasionadas para que don Pedro la viese, y aunque no era tan hermosa como Roseleta, los ademanes libres, con otras señas que con lascivos ojos le hacía, como ya él aborrecía a su esposa, le atraieron de suerte que vino a conseguir su intento, de modo que don Pedro se enamoró de ella, entrando en su casa, no como recatado amante, sino con más libertad que si fuera su marido" (220). El esposo acabará con Roseleta con un procedimiento semejante al de *El médico de su honra*: la deja desangrarse (la habían sangrado por estar enferma, y quitándole la venda, "le destapó la vena"). Le queda, eso sí, la belleza del martirio: "estaba la más bella cosa que los ojos humanos habían visto" (221).

La belleza puede fingirse. Ya Castiglione en *El cortesano* indicaba la necesidad de favorecer la belleza -¡tan necesaria para la mujer!- con recursos disimulados: "siendo un poco más gorda o flaca de lo que conviene o siendo blanca o algo baza, es bien que se ayude con saberse vestir como mejor le estuviere; mas esto halo de hacer tan disimuladamente que cuanto más cuidado pusiere en curar su rostro y en traer su persona aderezada, tanto mayor descuido muestre en ello" (Castiglione, 1994: 355).

Los afeites preocupan a María de Zayas, los ve como una pérdida de tiempo porque su dedicación a ellos desvía a las mujeres del camino que tienen que emprender: "pues no hay duda que si no se dieran tanto a la compostura, afeminándose más que naturaleza las afeminó, y como en lugar de aplicarse a jugar las armas y a estudiar las ciencias, estudian en criar el cabello y matizar el rostro, ya pudiera ser que pasaran en todo a los hombres" (228)³.

En pleno discurso combativo, exhorta al abandono de esas fútiles preocupaciones para apoderarse del coto vedado por y para los hombres. La hermosa Filis, que es la narradora del *Desengaño cuarto*, encarna la voz apasionada de María de Zayas:

De manera que no voy fuera de camino en que los hombres de temor y envidia las privan de las letras y las armas, como hacen los moros a los cristianos que han de servir donde hay mujeres, que los hacen eunucos por estar seguros de ellos. ¡Ah, damas hermosas, qué os pudiera decir, si supiera que como soy oída no había de ser murmurada! ¡Ea, dejemos las galas, rosas y rizos, y volvamos por nosotras: unas, con el entendimiento, y otras, con las armas! (231)

Trescientos cincuenta años después, su voz no suena, por desgracia, todavía del todo extemporánea. Las galas, rosas y rizos son consustanciales a las damas en estas novelas y siguen siéndolo -¿por qué no?- hoy para nosotras. No hay que abandonar la única prerrogativa que siempre se nos ha dado, la posibilidad de ser hermosas, pero tampoco hay que olvidar su grito de "¡volvamos por nosotras!". Dejemos descansar las armas, pero no escondamos nuestro talento en el hoyo bíblico y usemos nuestra inteligencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CARVAJAL Y SAAVEDRA, Mariana (1993). *Navidades de Madrid y noches entretenidas, en ocho novelas*. Ed. Catherine Soriano. Madrid: Comunidad de Madrid, Clásicos Madrileños.
- CASTIGLIONE, Baldassare (1994). *El cortesano*. Ed. Mario Pozzi. Madrid: Cátedra.
- CATENAZZI, Flavio (1977). *L'influsso dei provenzali sui temi e immagini della poesia siculo-toscana*. Brescia: Morcelliana.
- CERVANTES, Miguel de (1962). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Martín de Riquer. Barcelona: Planeta.
- NAVARRO DURÁN, Rosa (1995). *La mirada al texto*. Barcelona: Ariel.
- PÉREZ GALDÓS, Benito (1969). *Tristana*. Madrid: Alfaguara.
- RIVERA GARRETAS, María-Milagros (1996). "Significados de la belleza del cuerpo. La cuestión del adorno femenino". En *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer*. Madrid: horas y HORAS.
- RODRÍGUEZ, Evangelina (1986). Ed. de *Novelas amorosas de diversos ingenios del siglo XVII* (1986). Madrid: Castalia.
- SANTA TERESA DE JESÚS (1986). *Libro de la vida*. Ed. Otger Steggink. Madrid: Castalia.
- SAVONA, Eugenio (1973). *Repertorio tematico del dolce stil nuovo*. Bari: Adriatica editrici.
- ZAYAS, María de (1983). *Desengaños amorosos*. Ed. Alicia Yllera. Madrid: Cátedra.
- (1989). *Tres novelas amorosas y tres desengaños amorosos*. Ed. Alicia Redondo. Madrid: Castalia.

³ María-Milagros Rivera (1996) ilustra con otros ejemplos este asunto en "Significados de la belleza del cuerpo. La cuestión del adorno femenino".